

Cráneo privilegiado

Jerónimo López Mozo

Pocos días después de recibir el encargo de Cristina Consuegra, un trabajo en torno a la mente, en mi afán por documentarme sobre la materia, acudí a la consulta del afamado DOCTOR BIQUIPEDIA, que pasa consulta en el bulevar Interné s/n. Tras introducir la clave de acceso en el tablero del portal (no era necesaria cita previa) y pulsar el botón de intro, llegué sin dificultades a su despacho. Fui directamente al grano.

YO.- Dígame, doctor, ¿dónde se aloja la mente?

DOCTOR.- En el cráneo.

YO.- ¿Está seguro?

Doctor.- Ha sido probado científicamente.

YO.- Si me hiciera una radiografía, ¿se vería?

DOCTOR.- La mente no forma parte del esqueleto. ¡No tiene naturaleza ósea!

YO.- Ya sé, ya sé. Me refería a una radiografía de contraste.

DOCTOR.- ¡Que disparate! ¿Qué se ha creído? ¿Qué la mente es una víscera? ¿Qué se puede ir a la casquería y pedir cuarto y mitad de mente? La mente es biología, genética, psicología, pensamiento, lenguaje, emociones, propósito, voluntad, designio... La mente es un conjunto de actividades y procesos psíquicos de carácter cognitivos, conscientes o inconscientes. En resumen, la mente es inmaterial.

YO.- ¿Cómo el alma?

DOCTOR.- Es su potencia intelectual.

YO.- Entiendo.

DOCTOR.- Usted no ha entendido nada.

YO.- Yo, doctor...

DOCTOR.- Nada de nada. Su mente, caballero, da para poco. Si las mentes volaran, la suya lo haría tan bajo que se estrellaría contra el suelo. Si fueran posibles los trasplantes, le aconsejaría que buscara un donante a toda prisa.

YO.- Me asusta, doctor.

DOCTOR.- Yo, en su caso, estaría aterrorizado.

YO.- ¿Qué me recomienda?

DOCTOR.- Tenga confianza en usted mismo.

YO.- ¿Cómo, si me ha desahuciado?

DOCTOR.- Desarrolle su capacidad mental.

YO.- ¿Puedo?

DOCTOR.- Déjeme ver su cabeza.

El DOCTOR dio vueltas a mi alrededor sin apartar la vista de mi cabeza. Se alejó unos pasos para contemplarla a alguna distancia.

DOCTOR.- No está mal. Tiene un buen cráneo. Un cráneo, por su tamaño, privilegiado. Juraría que su mente apenas ocupa el diez por ciento de esa cavidad. Debe saber que cuanto más grande es la mente, más inteligente es el cerebro. ¡Qué desperdicio! ¡Tanto hueco sin llenar! ¡Algo podremos hacer!

YO.- Me pongo en sus manos, doctor. ¿A qué espera?

DOCTOR.- No se impaciente. Siéntese en ese sillón. Póngase cómodo. Aflójese la ropa.

Hice cuanto me dijo.

DOCTOR.- Relájese. Cierre los ojos. Respire hondo. Piense.

YO.- ¿En qué?

DOCTOR.- En un limón. En un limón de color amarillo. En su textura. Acarícielo con la mano. Suavemente.

Así. Eso es. Ahora pártalo en dos. Con un cuchillo. Imagínese que tiene un cuchillo en la mano. Un cuchillo bien afilado. ¡Aja! ¿Qué nota?

YO.- Un olor fuerte y penetrante.

DOCTOR.- Eso es. Exprímalo sobre su lengua. ¿A qué le sabe?

YO.- Es un zumo ácido.

DOCTOR.- Su boca se está llenando de saliva.

YO.- No puedo evitarlo.

DOCTOR.- No puede evitarlo y, sin embargo, no hay limón ni cuchillo.

YO.- ¿Qué demuestra esto?

DOCTOR.- El enorme poder de la mente, su superioridad sobre el cuerpo.

YO.- Perdone mi ignorancia. Conozco el valor del cuerpo humano y lamento, no sabe cuánto, que el mío no sea una maravilla. Sé que no está hecho para grandes hazañas, ni deportivas ni de otra índole. No tengo, como se dice, media bofetada. Lo mejor de él es, según su opinión, mi cráneo, de estimable tamaño. Lástima que, como usted dice, lo tenga tan mal aprovechado. Con su ayuda, lo llenaré de mente, de mucha mente. Pero antes de seguir adelante, una pregunta. ¿Para qué sirve la mente? ¿Qué función tiene en la naturaleza?

DOCTOR.- Es la sustancia pensante. ¿No ha oído hablar de Descartes, de Malebranche, de Leibniz?

YO.- Jamás. ¿Es grave?

DOCTOR.- Es deprimente.

YO.- Le parezco un caso perdido, ¿verdad?

DOCTOR.- ¡Lo es! Me pregunta cuál es la función de la mente... Cuando usted entra en un supermercado y sale con un paquete de galletas, ¿por qué lo hace? ¿Acaso no es porque le apetecen las galletas? ¿Y por qué entra en el supermercado y no en una zapatería?

YO.- Porque sé que es allí donde puedo conseguirlas.

DOCTOR.- ¡Albricias! El cuerpo no puede dar un paso sin contar con la mente, sin pedirle instrucciones.

No hay acción física que no esté precedida de un impulso mental. ¿Se ha percatado de la estrecha relación que hay entre el mundo material y el intelectual?

YO.- Todo está claro como el agua.

DOCTOR.- Algo hemos avanzado. Su mente ha dado una leve señal de vida. No está todo perdido.

YO.- ¿Cuál es el paso siguiente?

DOCTOR.- Entraré en su mente, la someteré a un profundo examen, llegaré, si es necesario, a su centro y, desde él, después de suministrarle una elevada dosis de neuronas, obraré el prodigio.

YO.- Es usted un sabio. ¡Chapeau! ¡Me quito el cráneo!

DOCTOR.- Deje el cráneo en paz. Descúbrase el brazo.

YO.- ¿Para qué?

DOCTOR.- Lo que voy a hacer requiere anestesia total.

Obedecí. El DOCTOR llenó una jeringuilla con un líquido oscuro y me lo inyectó en vena. De lo sucedido a partir de ese momento, no puedo dar cuenta, pues me sumí en un profundo sueño cuya duración también ignoro. Cuando desperté, el DOCTOR tenía en las manos los útiles de trepanar.

YO.- ¿Dónde estoy?

DOCTOR.- En mi consulta.

YO.- ¿Todo bien?

DOCTOR.- Estoy desconcertado.

YO.- ¡Vaya por Dios!

DOCTOR.- Me he metido dentro de su cráneo, he hurgado en todos los rincones...

YO.- ¿Y?

DOCTOR.- Ni rastros de su mente.

YO.- ¿Qué puede haber pasado?

DOCTOR.- Ya me gustaría saberlo. ¡La mente es un dilema!

YO.- ¡Ay, Cristina, Cristina, en qué líos me metes!

DOCTOR.- ¿Dice?

YO.- Hablaba para mí.

DOCTOR.- ¡Un dilema! ¡Una controversia!

No me atreví a contarle el sueño tan extraño que tuve mientras estaba bajo los efectos de la anestesia, pero tengo la sospecha de que en él se encierra el secreto de lo sucedido. Estaba mi mente dónde se supone que, en opinión del doctor, debía estar: en el interior de mi cráneo, ocupando, eso sí, un pequeño espacio. Llegó Hades, ya saben, el soberano del tenebroso mundo de los Infiernos, conduciendo su carro de oro tirado por cuatro caballos negros. Y la cortejó. Hasta entonces no me había dado cuenta de que mi mente tenía el aspecto de una bellísima ninfa. Cedió ella a las pretensiones de la deidad y, en ese trance, fueron sorprendidos por Perséfone, la esposa de él. El escándalo fue mayúsculo. Perséfone golpeó a la ninfa sin piedad y ésta, ayudada por el marido infiel, huyó, dejando tras de sí un profundo olor a menta. Sentí un gran vacío en mi cabeza.

DOCTOR.- ¿En qué piensa?

YO.- En nada. No pienso en nada. Se me ha quedado la mente en blanco.

DOCTOR.- Ya la tenía en blanco.

YO.- Usted me dijo...

DOCTOR.- ¡Yo le dije! ¡Yo le dije! ¡Puñetas! De dónde no hay, no se puede sacar. Uno es un científico, no un curandero.

Salí de la consulta del DOCTOR BIQUIPEDIA, busqué una herboristería y adquirí un cargamento de menta y lo remití como paquete exprés a la redacción de pArAdigma.

Jerónimo López Mozo es dramaturgo